

## APÉNDICE II

### DEMOGRAFÍA DE LOS JUDÍOS ITALIANOS

¿Se diferencian los judíos de los otros pueblos, bajo el punto de vista de la mortalidad y de las enfermedades?

Sí, si nos atenemos á los estudios realizados en Hungría, Francia, Alemania y Holanda.

En Amsterdam la mortalidad de niños de uno á cinco años es de:

8,85 cada 1.000 judíos.

11,52 » » cristianos.

de hombres de 20 á 50 años de:

3,06 cada 1.000 judíos.

5,98 » » cristianos



En Prusia se nota:

1 nacimiento	cada 25 cristianos.
1 »	» 28 judíos.
1 muerto	cada 34 cristianos.
1 »	» 40 judíos.
1 nacimiento	cada 29 cristianos.
1 »	» 35 judíos.
1 nacido muerto	cada 19 cristianos.
1 » »	» 34 judíos.

En Francfort:

En los niños de 1 á 5 años

12,9 muertos cada 100 niños judíos.

24,1 » » 100 » cristianos.

Por cada 100 individuos, 54 judíos llegan á 50 años, 27 á 70, en tanto que entre los cristianos 30 solamente cumplen 50 años y 13,70.

Una cuarta parte de los cristianos no vive más que 6 años y medio; igual proporción de los judíos cumple 28 años y tres meses; un 50 por 100 de los cristianos mueren á los 36 años, y un 50 por 100 de los judíos á los 53 años y 6 meses.

Por cada 100 comerciantes de Francfort, de más de 20 años de edad, 50 cristianos fallecen antes de los 57 años y 50 judíos antes de los 61 años.

En Buda, la vida media es de 26 años para

los cristianos y de 37 para los judíos. Los judíos de 1 á 50 años pierden una décima parte; los cristianos el 14 por 100, un 50 por 100 de los cristianos oriundos de esta ciudad mueren á los 30 años, el 50 por 100 de los judíos á los 50 años; éstos presentan una proporción más considerable de fallecidos á una edad avanzada. por ejemplo un 8 por 100 entre 85 y 90 años, en tanto que para igual número de años los cristianos no ofrecen más que 2,4 por 100.—12 por 100 de los judíos mueren de 60 á 70 años y 9,8 cristianos solamente.

Se ha notado en esta ciudad que los judíos son más refractarios á las fiebres intermitentes, menos sujetos á pneumonias, convulsiones y bronquitis entre los niños que los indígenas: ellos padecen, por el contrario, en compensación de esto, más catarros intestinales y hernias.

Legoyt ha notado también en Francia que la vida media alcanza mayor edad entre los judíos (1).

Yo no había hecho estudio alguno acerca de esta cuestión en Italia, solamente algu-

(1) V. *An. de Higiene* Abril, 1861. Meyer, *Ueber die abens Wartung der Israelites*, Bevolh, 1865.



nos años han transcurrido desde que pude comenzar á realizarlo con el inteligente apoyo de mi querido amigo J. Pardo de Verona. Cuando después de largo destierro, volví á la ciudad que me vió nacer, él puso generosamente á mi disposición una serie de documentos, sobre la causa de los fallecimientos ocurridos desde 1.º de Enero de 1855 á fines de Diciembre de 1864.

He aquí una tabla, resumen de este estudio:

**Resumen de los nacimientos y defunciones ocurridos desde 1.º de Enero de 1855 á fines de Diciembre de 1864.**

Años.	Total de vivos.	Hombres de más de 7 años muertos.	Mujeres id. id. muertas.	Niños antes id. muertos.	Niños id. id. muertas.	TOTAL.	
						Muer-tos.	Naci-dos.
1855	1.210	13	19	11	5	48	41
1856	1.224	7	7	5	3	22	29
1857	1.241	6	6	3	3	18	40
1858	1.259	9	4	3	2	18	29
1859	1.261	12	9	4	5	30	30
1860	1.315	7	6	6	3	22	32
1861	1.340	11	9	5	5	30	30
1862	1.346	4	13	4	5	26	29
1863	1.327	13	6	2	6	27	36
1864	1.282	11	6	8	6	31	24
TOTAL...	12.805	93	85	51	43	272	320

Resulta de esta tabla que el número de muertos entre los judíos (272), es sensiblemente menor que el de nacimientos (320).

Este resumen parece establecer una profunda diferencia entre su mortalidad y la de los católicos de la misma ciudad, donde el movimiento medio en diez años ha sido de 2.155 muertos y 1.957 nacimientos, por consiguiente con una inferioridad notable para los últimos.

Si se compara esta cantidad con el total de la población, cuyos habitantes dan una densidad media de 52.829, observaremos entre los católicos una mortalidad de 4 por 100, y en los judíos de 2 por 100, es decir, la mitad inferior.

Este resultado coincide bastante bien con las observaciones realizadas en el extranjero; mas ¿podría aparecer á primera vista este hecho comprobado de tal suerte?

Creo que no.

Se ve en efecto, en las primeras columnas, que la mortalidad de los niños es muy inferior á la de los adultos.

Cada mil judíos nacidos viables, mueren 217 antes de los siete años, es decir, ni siquiera la cuarta parte; cada mil cristianos venidos al mundo en las mismas condiciones,



fallecen 453 antes de dicha edad, casi la mitad por consiguiente. Otros cálculos establecidos sobre un período de ocho años, 1843, 1844, 1845, 1846, 1847, 1848, 1849, 1850 han arrojado, entre 26.343 católicos fallecidos, 16.027 muertos antes de los siete años de edad, más del 60 por 100, en tanto que en 272 judíos muertos, solamente 94 fallecieron sin cumplir esa edad, es decir, un 30 por 100.

Los niños que presentan la mortalidad más considerable son justamente los ilegítimos. Yo no he contado más que 14 entre los judíos, es decir, el 10 por 100, en los católicos, por el contrario, se elevan hasta un 20 por 100 sobre el total de la población. El número de judíos ilegítimos es demasiado insignificante para ser verídico.

En efecto, la ilegitimidad tiene su origen, así entre los católicos como entre los judíos, en causas generales é idénticas, tales como los prejuicios sociales que pretenden que una mujer se deshonor por haberse entregado antes del matrimonio, el instinto sexual que es acaso más pujante en los israelitas y finalmente todos los obstáculos que se acostumbra á oponer á la educación de los niños ilegítimos.

Aunque sólo faltara esta última causa

entre los judíos, ¿sería suficiente ella para explicar la enorme diferencia de estadística?

No lo creo.

Muy cierto que muchos judíos eran en otro tiempo depositados en los tornos (abolidos hoy) (1); luego el número de judíos ilegítimos abandonados aumenta considerablemente la proporción de los católicos, haciendo desaparecer en la estadística una fuente de mortalidad para los israelitas.

La diferencia entre esos datos es por consecuencia más aparente que real; creo que la misma consideración debe ser estudiada en las otras naciones que, con relación á los judíos, han suministrado á los estadísticos una mortalidad mayor, una vida media menos larga; resultado debido probablemente á que no se han tenido en cuenta los *bre-fótrofos* (*crèches*). En efecto, todas las estadísticas que hemos citado anteriormente, están conformes con la observación que los judíos procrean menos niños que los cristianos,

(1) Excepto en España, cuyas provincias ostentan todas en sus establecimientos, *Casas de Maternidad ó Inclusas*, sostenidos por las respectivas Diputaciones provinciales, los característicos tornos con la inscripción. «Abandonado de mis padres, la caridad me recoge». (N. del T.)



relativamente á la población y á los matrimonios; así en Prusia, la relación de los nacimientos con la población es de 1:25 entre los cristianos y de 1:22 entre los judíos; en Furth se registra un nacimiento cada 29 cristianos e igual cifra cada 34 judíos, etc.

Esta observación contradice el fenómeno, que los pueblos semitas son más fecundos que los aryaos, no pudiendo ser explicada sino por la omisión de niños ilegítimos judíos que contribuyen á aumentar el número de los católicos.

He aquí otra demostración de mi aserto:

Al estudiar la mortalidad en las dos razas, teniendo en cuenta las diferencias comprobadas según las diversas edades, se ha encontrado, como en mi caso, la diferencia en la mortalidad suministrada por los individuos apenas envejecidos, que son precisamente los ilegítimos. Así, en Amsterdam, Stockvis observa que la mortalidad de los no-israelitas menores de un año, es doble que la de los demás israelitas, en tanto que ella es por el contrario bien inferior de 1 á 4 años (5 cada 1.000 judíos, 3 cada 1.000 cristianos). Igual observación ha sido realizada en Francfort (véase anteriormente), donde la mortalidad de los niños menores de 5 años

es doble para los cristianos. Otro tanto acontece en Prusia, nación en la que el *mínimum* de la mortalidad ha sido comprobado sobre todo entre los recién nacidos.

La mortalidad de judíos adultos es en Italia (1), en desquite de esto, bastante más considerable que entre los católicos; en efecto, alcanza en los primeros un 65 0/0 y solamente un 39 0/0 entre los segundos.

Estas cifras deben no obstante ser atenuadas por la proporción mayor de fallecimientos de ancianos.

Entre 178 adultos judíos, 86 murieron después de haber cumplido sesenta años.

2 pasaron de 90 años.

17 » 80

33 » 70

34 » 60

Los ancianos figuran en un 48 0/0 en la mortalidad de los adultos. Los dos nonagenarios y 11 de los 17 octogenarios pertenecían al sexo femenino.

Ahora bien, entre los católicos:

4 han pasado de 100 años

77 » 90

656 » 80

1.686 » 70

1.744 » 60

(1) 10.323 muertos adultos entre 26.343, total de fallecidos.



en un total de 4.167: esto arroja el 40 0/0 de la mortalidad en los adultos, cifra notablemente inferior á la de los judíos y que no está suficientemente compensada por los centenarios y el número superior de los nonagenarios.

Débase probablemente tamaña diferencia á los excesivos cuidados de los israelitas por su salud, á la más exquisita comodidad del proletario judío, á su diligencia en huir de las profesiones nocivas, á las asistencias médicas á domicilio, mucho más eficaces que las de los hospitales, que lejos de disminuir las causas de mortalidad vienen á sumarse á las ya numerosísimas, que aquejan al desgraciado proletario por la demasiada acumulación de enfermos en lugares cerrados.

Las mujeres nos han dado (principalmente las jóvenes) menor mortalidad que los hombres. Los dos nonagenarios eran precisamente dos mujeres, y entre los octogenarios se contaban once de ellas. Esto tiene su explicación en la vida más tranquila, menos expuesta á los peligros; igual fenómeno se ha observado en la población católica de Verona.

Los nacimientos arrojan asimismo una proporción inferior de hijas entre los judíos:

la relación es de 607 contra 720 del sexo masculino, mas esta diferencia se encuentra también en los católicos, que dan una cantidad media de 26.000 niñas por 26.329 párvulos varones.

En Prusia, se ha observado justamente todo lo contrario: en esta nación, á la inversa de los datos ofrecidos por los pueblos católicos, las mujeres son en una proporción de 103,37 por 100 hombres.

Las causas de esta desproporción en ambos sexos son, según todas las probabilidades, el clima y la alimentación, de ninguna manera la raza, siquiera sea útil recordar que entre los judíos de Verona, esa disparidad es escasamente menor que en los católicos.

En lo que dice relación á las causas de fallecimiento, yo las he encontrado distribuidas en 94 párvulos y 178 adultos, del modo siguiente:

Afecciones cerebrales. . . . .	20
» intestinales. . . . .	15
Dentición. . . . .	8
Nacimientos antes de tiempo. . . . .	8
Escarlatina y sarampión. . . . .	7
Lombrices intestinales. . . . .	5
Raquitismo. . . . .	3



Fiebre tifoidea. . . . .	3
Croup. . . . .	3
Enfermedades cardíacas. . . . .	3
Bronquitis. . . . .	2
Sclerema. . . . .	2
Tuberculosis. . . . .	1
Edema. . . . .	1
Paludismo. . . . .	1
Asfixia. . . . .	1
Sífilis. . . . .	1
Causas desconocidas. . . . .	8

Tales han sido las causas de la muerte de los 94 párvulos.

Pueden verse claramente por esta tabla las diferencias entre las causas de fallecimiento de los niños católicos, que dan el 6 por 100 de muertos por raquitismo y la de los judíos, que apenas si arrojan un 1 por 100.

El alumbramiento prematuro ofrece un 5 por 100 de muertos en los católicos, y más del 8 por 100 por el contrario entre los judíos. Esta diferencia se debe probablemente á los matrimonios precoces, de que ellos presentan abundantes ejemplos.

Las afecciones cerebrales, eclampsia, meningitis, son inversamente más frecuentes en los niños israelitas que en los católicos;

acaso por igual causa que motiva su también mayor frecuencia en los judíos adultos: el más amplio desarrollo y la actividad mayor del sistema nervioso.

El sclerema y el sarampión se encuentran en menor proporción que en los católicos, fenómeno que está relacionado con la ausencia de los bresotrofimus, que brindan á la epidemia un vasto campo.

Las causas de mortalidad en los 178 adultos fueron las siguientes:



N.º de orden.	ENFERMEDADES	Total.....	Hombres.....	Mujeres.....
1	Afecciones cerebro-espinales (1).....	35	16	19
2	Afecciones intestinales y fiebre tifoidea (2).....	28	14	14
3	Inflamaciones agudas de los órganos respiratorios.....	18	11	7
4	Afecciones cardíacas.....	16	12	4
5	Catarros seniles.....	16	8	8
6	Tuberculosis pulmonar.....	11	9	2
7	Hepatitis (?).....	11	8	3
8	Cirro y cáncer (3).....	9	4	5
9	Cólera.....	7	2	5
10	Flebitis (?).....	7	2	5
11	Hidrotórax.....	5	4	1
12	Fiebre miliar.....	3	1	2
13	Fiebre puerperal.....	2	»	2
14	Escarlatina.....	2	1	1
15	Enfermedades mentales (4).....	2	1	1
16	Suicidio (5).....	2	2	»
17	Fiebre reumática.....	1	»	1
18	Gangrena.....	1	»	1
19	Viruelas.....	1	»	1
20	Caries costal.....	1	1	»
	TOTAL.....	178	93	85

(1) Apoplegia, meningitis, myelitis, etc.

(2) 19 fiebres tifoideas.

(3) Dos tumores del útero.

(4) Un fallecimiento por hidrotórax, uno por marasmo.

(5) Militares alemanes.

Esta tabla nos descubre fácilmente las diferencias con las enfermedades predominantes en la población católica adulta. Las afecciones cardíacas representan escasamente el 4 por 100 de los fallecimientos ocurridos en la mencionada población: entre los judíos es más del 9 por 100. Preponderancia notable que puede explicarse:

1.º Por las habitaciones elevadas, compuestas de muchos pisos (7 y 8), que forman la calle más poblada de los israelitas, y que constituyen para ellos una especie de montaña artificial, con todos los inconvenientes, pero sin ninguna de las ventajas de los países montañosos.

2.º Por la superioridad numérica de los ancianos, más considerables entre ellos, según hemos visto, que entre los católicos; se sabe que las enfermedades del corazón son un patrimonio de la senectud.

3.º Por la mayor exaltación de la sensibilidad. El ansia de medrar, de sobresalir entre los demás, de oponerse á todo, de dominar las circunstancias y los acontecimientos, propia de las razas oprimidas, hasta ser para ellas como una segunda naturaleza y que, procurándolas frecuentemente la fuerza y los medios de salir con éxito de todas



sus empresas, lesiona de rechazo el órgano más sensible á las pasiones.

Estas razones nos explican igualmente por qué dichas enfermedades son menos frecuentes entre las mujeres (4-12). Las pasiones agítanse efectivamente en el sexo femenino con fines más modestos, encontrando casi un término en el matrimonio.

Razones análogas justifican las numerosas apoplejías, neuralgias y otras enfermedades nerviosas, que se registran entre los judíos: afecciones que, relativamente á la población ordinaria, representan el 8 por 100 de óbitos, y que en los israelitas son más de un 19 por 100. Contribuye muy mucho á esto la costumbre judía de los enlaces matrimoniales entre consanguíneos. El más amplio desarrollo y la fatiga más intensa del sistema nervioso influyen todavía, no dedicándose ningún judío á los trabajos puramente manuales y ejerciendo la mayor parte profesiones que exigen una actividad especial.

En efecto, he tenido ocasión de comprobar por mí mismo que algunos judíos, que gracias á la laudable iniciativa de mi buen amigo el Doctor Calabi y otros varios, ejercían las artes mecánicas, para las que revelaban cierta disposición, hubieron de aban-

donarlas en cuanto que condiciones prósperas les permitieron emprender su comercio, asemejándose en esto á los groenlandeses que dejan las habitaciones bien confortadas de las ciudades para tornar á sus cuevas de hielo.

Esta tendencia nativa á los ejercicios intelectuales y especialmente á las especulaciones mercantiles, proviene del mayor desenvolvimiento del cerebro, así como de las condiciones en que han vivido los judíos durante largo tiempo; acaso precise invocar finalmente para explicarnos esto mismo, esa costumbre heredada de sus antepasados los fenicios, con los que habían de común el origen, el lenguaje, los usos, y por consiguiente, las inclinaciones.

Las dolencias agudas del pecho que acusan el 50 por 100 de defunciones entre los católicos, no alcanzan en los judíos más que el 8 ó 9 por 100. Débese ello justamente á las profesiones poco fatigosas, no ejercidas á grandes alturas, y que no exponen por tanto á enfriamientos súbitos: ésta es también precisamente la causa de que las mujeres padezcan esas enfermedades menos que los hombres.

La tuberculosis arroja por el contrario, en



una décima parte, un número poco más ó menos igual (5 por 100 en los judíos, 7 por 100 en los católicos). No es de extrañar esto, si se piensa en las condiciones de los domicilios de los judíos pobres, hacinados durante años enteros en habitaciones angostas, oscuras, sucias, cubiertas de polvo y ocupados en oficios que exponen algunas veces á la aspiración de miasmas orgánicos; si la cifra de la mortalidad es más reducida que entre los católicos, hemos de atribuirlo á la sólida alimentación animal, acostumbrada aún por los pobres y al escaso número de pneumonías.

El cáncer y el cirro se presentan, como causas de muerte dos veces más frecuentemente que en los católicos (2 por 100): las mujeres hállanse más expuestas á ellas que los hombres. Esta mayor frecuencia del cáncer coincide perfectamente con la de la tuberculosis, corroborando las relaciones que Concato ha descubierto entre él y la tisis. Las enfermedades intestinales han producido un número más considerable de fallecimientos que entre los cristianos: esto concuerda exactamente con lo observado por Glötter en Hungría. Creo que la explicación más plausible es la acumulación de judíos

menesterosos en locales reducidos mal ventilados, causa frecuente de tifus, y acaso el consumo de manjares demasiado grasos, no onformes con nuestros climas templados.

Podría notarse también (si todavía puede confiarse en los diagnósticos), la abrumadora cantidad de hepatitis que representan casi el 5 por 100 de las defunciones. Suponiendo que todos esos datos fueran exactos, esto habría de explicarse justamente por el desenvolvimiento más considerable del hígado, propio de todas las razas meridionales, y por consiguiente, del judío.

El número de enfermedades puerperales es muy reducido en el judío (1 por 100) y mayor entre los católicos (4 por 100), indudablemente por los cuidados más exquisitos prestados á las paridas indigentes y sobre todo por la carencia de casas de maternidad, tan frecuentemente invadidas por las enfermedades epidémicas.

Digno de mencionarse es el número insignificante de suicidas, 2, y lo que es todavía más curioso, dos militares extranjeros. Esta escasez de suicidios explicase por el temor religioso, tal vez más exagerado en los israelitas, y por el instinto de conservación más arraigado en ellos que en las otras razas.



Consideremos finalmente que no hemos apuntado ningún fallecimiento por traumatismo.

Sin embargo, este hecho se acordaría con los estudios realizados en Berlín y París por Legoyt.

Hemos notado un 4 por 100 de defunciones causadas por el cólera, de las que casi todas fueron de mujeres. Insisto sobre este punto, porque él demuestra la falsedad de la pretendida inmunidad de los judíos para semejante enfermedad: inmunidad errónea que ha de referirse á la relativa inmunidad que tienen para todas las epidemias, y en general para casi todos los males, las gentes bien nutridas y asaz cuidadosas de su salud: inmunidad relativa confirmada por lo demás, por la exigua cifra de escarlatinosos y variolosos limitada en absoluto á un 3 por 100.

Resumamos: 1.º El judío presenta una mortalidad menor que el católico, y por consiguiente, una vida más prolongada: esta diferencia se debe principalmente á la falta de niños ilegítimos entre los judíos, falta más aparente que real.

2.º La mortalidad de párvulos judíos es por esta razón excesivamente inferior.

3.º La mortalidad de judíos adultos es más considerable que entre los católicos.

4.º El número de ancianos fallecidos es proporcionado al de los adultos, mayor entre los israelitas.

5.º El número de mujeres muertas es menor que el de hombres, debiéndose esto en parte, á la proporción más reducida de nacimientos en las niñas: otro tanto se observa en la población católica. Las mujeres alcanzan un número superior de nonagenarios y octogenarios.

6.º Las mujeres presentan una proporción menos considerable de pneumonías, afecciones cardiacas y hepáticas: por el contrario, mayor número de coléricos y afecciones cerebro-espinales.

7.º En general, las causas de mortalidad difieren en los judíos de aquellas que predominan entre los católicos. El raquitismo y el esclerema son muy raros en los niños judíos. Los nacimientos prematuros y las eclampcias, más numerosas. Entre los adultos predominan las enfermedades cerebrales y cardiacas, hepáticas, intestinales y cancerosas; las inflamaciones agudas de las vías respiratorias, son singularmente raras, igual que los suicidios y los fallecimientos por traumatismo.



8.º La inmunidad del judío para las enfermedades contagiosas y epidémicas es absurda.

9.º Finalmente, si se compara la población judía con la parte de la población católica que no se dedica á los trabajos manuales, las diferencias estadísticas y clínicas son muy reducidas, y mínimas si se pudieran tener en cuenta los niños judíos ilegítimos.

Luego, el ciudadano judío es ante la muerte igual que el ciudadano cristiano: conclusión perfectamente acorde con las observaciones que nos ha suministrado la antropometría, para demostrar su escasa diversidad con las naciones en que viven.

### APÉNDICE III

#### CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS CRÁNEOS ANTIGUOS, JUDÍOS Y FENICIOS.

No acostumbrando á hablar *in verba magistri*, ni á sentar conclusiones importantes sin aducir pruebas directas, he querido completar la presente monografía, estudiando en amplia escala un gran número de cráneos judíos, comparados á los de los semitas puros. Desgraciadamente para la ciencia, los judíos, llevados por un prejuicio profundamente arraigado, no permiten las autopsias entre ellos; no consienten, pues, exhumar de los cementerios los cráneos de sus correli-